

El espejo espeso

José Balza

RAFAEL HUMBERTO MORENO-DURÁN (R. H., como también se le llama en los medios donde el K. de Franz es natural) nos viene de Tunja, Colombia. Junto a nombres como los de César Aira, Rodrigo Rey Rosa y Sergio Pitol representa una nueva dimensión, vigorosa y versátil, de la narrativa latinoamericana actual.

Prosa de espesor, en cuyos meandros caben ávidamente el humor, la transgresión y lo reflexivo, su obra ha sido publicada casi en España, donde residió por quince años. Nacido en 1946, estudió derecho y ciencias políticas en Colombia. Ensayista (*De la barbarie a la imaginación*: amplísimo y penetrante texto en el que podemos hallar precisiones como ésta:

La novela, al fin y al cabo, es la forma más completa para captar y *comprender* la realidad en su totalidad, y no en la simple e inessential recreación del detalle unilateral. Y totalidad aquí no es la mera articulación de elementos formales, sino la conciliación de todos los medios de que dispone la estructura narrativa con las concepciones del mundo del autor que, consciente ya de su situación en tanto antecedente y perspectiva de un proceso histórico, ha descubierto su particular modo de ser en la complejidad real de América Latina. De ahí su opción y su ya bien lograda plasmación en el contexto de lo específicamente imaginario);

cuentista (*Epístola final sobre los cuáqueros*), es esencialmente un novelista de ambicioso tono anecdótico y formal (*Juego de damas*, *El toque de Diana*, *Finale capriccioso con Madonna*). Su prestigio internacional es creciente. Y ahora que ha vuelto a Santafé de Bogotá, dirige desde allí la edición continental de la revista *Quimera*. Sin duda forma parte de esa larga tradición latinoamericana de escritores viajeros. Su errancia arraiga, sin embargo, en sus lecturas y sus propias creaciones.

Durante sus visitas a Caracas he percibido cómo practica dos posiciones aparentemente opuestas: la de un ser huidizo, secreto, ensimismado, ajeno a la barahúnda literaria; y por otra parte, la del expositor suelto, discursivo, fascinante e inagotable, capaz de devorar con ironía hasta el tema más inesperado. Mucho de ambas cosas hay en sus narraciones.

Rememora Platón en el *Cratilo* la paradoja de que nadie que permanezca en el Hades desea salir de allí: “Ninguno de los de allá querrá venirse acá, ni siquiera las sirenas mismas; que ellas y todos los demás están totalmente encantados. ¡Tan bellas son, al parecer, las palabras que Hades sabe decirles!”; para justificarlo asegura que allí tienen pureza y saber, pero no destaca la necesidad de que quien alcance tales virtudes debe *estar muerto*. Lo primero justificaría la atracción, lo segundo el temor hacia ese reino. ¿No hay en tal imagen mucho de lo que obsesiona a los protagonistas de *Los felinos del Canciller*? Escrita en Barcelona entre 1983 y 1986, esta novela circula desde Bogotá a partir de 1987.

Es, desde luego, un libro sobre el mundo diplomático y sus intrínquilis, lo cual convierte su territorio en un emblema del infierno moderno. ¿Conocen los cancilleres, consulados y secretarios de nuestros países esta Biblia de la intriga, de los refinamientos, malentendidos y cursilería en las relaciones internacionales? ¿Habría alguien del trabajo diplomático que no se sienta aludido o retratado en estas páginas feroces? No en vano Moreno-Durán ha viajado tanto y estudiado las ciencias respectivas en una universidad de su patria.

Quien quiera asomarse a este oficio que es, según el narrador, “una constante estafa a la buena fe del prójimo”, ya que “¿qué es la diplomacia sino el eufemismo elevado a razón de Estado?”, no tiene más que abrir las páginas de la novela. El

brillo social y la podredumbre política lo mejoran por igual. (De manera paralela recordamos que también la obra de Sergio Pitlor atraviesa páramos malolientes de embajadores y consulados; pero lo que aquí termina en caricatura, Morenodurán lo congela en su original materia pútrida.)

sudamericana”), mientras realiza un doble recorrido que lo conduce, tal vez durante siete horas “de las cuales sólo recordaba algunos jirones seguidos de insondeables lagunas”, de bar en bar, hasta la obsesiva evocación de su historia familiar, que podría abarcar cien años, desde 1985 al futuro 1986 (“esa



Los felinos del Canciller resulta, sin embargo, una de las novelas más sólidas y apasionantes en este fin de siglo. Y si bien su eje anecdótico se construye sobre un pequeño canciller, no es sólo esto lo que otorga reto y seducción a su lectura.

“Como un salmón que salta desde la noche, así es el alba de Manhattan en los últimos días de verano, así es este casco de ciudad que sabe a sed y que en lengua india quiere decir *Aquí nos emborrachamos*”. Es lo que comprueba Félix Barahona Prádenas, un inútil consejero itinerante que de algún modo representa a Colombia (“Allá abajo”, “la más tediosa *moue* del nuevo continente”, “ese gran lote de mierda que se extiende entre los cuatro grados de latitud sur y los doce grados de latitud norte”, con su capital “la Atenas

lejana fecha”, puesto que el recorrido hacia la “gata candonga” ocurre en septiembre de 1949).

Extraer del libro –360 páginas, dividido en cinco secciones y cuyo capítulo central obedece a la designación: “De la mesure et de la proportion”– las líneas y los brevísimos párrafos que describen las acciones en el presente inmediato del protagonista o las horas de su travesía nocturna, resultaría a la vez simple y difuso. El novelista acumula las pistas del transcurrir (“¿qué haces hoy viernes aquí?”, “esta noche”, “beberse una cerveza como lo hace ahora”, etc.), de las conversaciones, los lugares, la descomunal borrachera con suficiente precisión para que el tejido fáctico responda a las irradiaciones de un núcleo cronológico. Sin embargo, dos

factores van borrando tal delimitación: el primero, como una atmósfera de Guillermo Meneses, sería que el ascenso mínimo de la ebriedad difumina el presente, haciendo balancear los sucesos; y en seguida el incontrolable chorro de las fechas que marcan el proceso político y diplomático de la familia Barahona. Todo viene señalado por días, meses y años. Un marco cronológico confirma la extensión del poder familiar en su histórica manía. El pálido uso del presente, sus erráticas apariciones, constituyen obviamente uno de los mejores tratamientos narrativos de Moreno-Durán: la ínclita y descarada familia se ha elevado desde un pasado épico para concluir en estas horas efímeras, vagas. Todo un mundo que descansa sobre lo mínimo, a punto de derrumbarse. El pasado abruma al protagonista, quien condenado a ser movido por reglamentos, intereses y principios, debe una vez más, después de esta noche, prolongar el brillo de su estirpe. Sorpresivamente, en las últimas horas desobedece el mandato y decide regresar a Colombia, que para el momento se debate en una violencia legal. De nuevo el vasto pasado es aplastado por tan súbita e incoherente decisión.

Bajo esa doble corriente temporal, la novela se pliega o se descorre como un biombo o un tríptico. Está pintada o inscrita en ambas caras, pero la simultaneidad abre complejas asociaciones entre un lado y otro. Este efecto también deriva del manejo temporal, que contribuye a que las escenas escamoteen sus hilos, ya que durante todo el libro se nos habla paralelamente del hoy (1949) en Manhattan y de noventa, cincuenta, trece años atrás, en Santa Fe, en Londres, en Ciudad Trujillo, en Nueva York.

El abuelo, poderoso, cínico y moralista ocupa con sus hechos la mitad del libro, aunque su acción se prolonga, en vida, hasta su último episodio. Es una criatura de gran envergadura verbal y su construcción debió desafiar no solamente el talento expositivo de Moreno-Durán, sino también su sensibilidad hacia la historia nacional, el costumbrismo, la cultura bogotana y, de manera central, la inventiva estrictamente oral. El personaje en sí no está lejos de una de esas improvisaciones de las cuales es capaz el autor, pero sometida a la prolongada disciplina de lo novelesco (o lo inconsciente). Cualesquiera que sean sus hechos: casarse y descasarse, la infidelidad y la recta apariencia, el abandono de la medicina por la política, la veneración hacia el poema *Las lágrimas de Angélica* (1586), hacia Saint-Simon y Metternich; su afinada capacidad para sustituir una expresión por otra: primogénita por tontogénita, echar un polvo por echar un efímero; su humor, indirecto y terrible; su ansiedad por civilizar lo civilizado, para dar al país un perfil contemporáneo, su sabia discreción para lograr que

el hijo, como efecto de sus argucias, se eleve furiosamente en el poder, todo lo convierte en un personaje mayor de nuestra vida y nuestra literatura. La novela queda imantada por este inicial Barahona y Moreno-Durán lo extrae de sí mismo con calculadas dosis de misterio histórico, de eficacia anecdótica y mediante una deslumbrante textura verbal.

Santiago, hijo de este hombre, será Canciller y padre del protagonista. Si bien cumple y perfecciona una concepción política, nunca recibirá la intimidad de Félix, quien “más allá del respeto debido jamás pudo quererlo”. Tal vez por eso, la biografía del canciller es escueta y aunque anuda y resuelve encrucijadas dentro de la trama pertenece más bien a una de las faces del tríptico o a una de las superficies del biombo que se oscurece.

La mano del narrador se descarga con énfasis sobre el abuelo y el nieto; primero indirectamente y luego con sus tics, manías, vacilaciones y certezas, el Barahona de la gran borrachera de 1949, polariza los subterrenos del libro. En verdad nunca sabemos quién narra las peripecias de todos. El punto de vista es tan neutro que por momentos las secuencias parecieran ser llevadas desde una primera persona. Evidentemente no es así, pero la fusión entre lo contado y lo analizado resulta tan fluida, que bien podríamos retener aquel razonamiento de Paul de Man sobre Binswanger acerca del *yo* constituyente y el lenguaje:

La cuestión del *yo* rige la relación intencional que existe, en el interior de la obra, entre el *yo* constituyente y el lenguaje constituido; y puede buscarse, por último, en la relación que establece el *yo* consigo mismo por intermedio de la obra. Tenemos, desde un principio, cuando menos cuatro tipos posibles y distintos de *yo*: el *yo* que juzga, el *yo* que lee, el que escribe y el que se lee a sí mismo.

¿Es el *yo* que juzga en Moreno-Durán el mismo que escribe? Tal vez, si consideramos lo que antes llamábamos el espesor de su prosa. Pocas veces encontramos a un autor que, al practicar la densa unión del humor, el escepticismo y lo reflejo, parezca estar loco por mostrar aún otras significaciones paralelas o soterradas, sólo vislumbradas por él mismo, en cada párrafo. Eso contribuye a dar una sensación de agilidad y de oleaginosa fuerza, a crear un espejo espeso.

El método hace que las andanzas del abuelo sean también una tajada del nieto; y que el triunfo social y político del padre rebaje aún más al innecesario consejero itinerante. Lo que sabemos de cada uno de ellos nos llega a través de un lapso vital muy breve, pero con resonancia de décadas. El novelista logra en el nieto, otra vez, una baraja magna.

Con Félix no sólo se vislumbra “el lento desgaste de la familia, un canto al tedio y a la indiferencia” sino que, al frustrar el público destino diplomático –y cualquier otro destino– pasa a ser de inmediato un personaje de la picaresca y lo corroído. Matemático, filósofo a su manera, analista por lo tanto de toda una gesta, recibe con indiferencia “el código familiar, el código nacional y, por si esto fuera poco, el código internacional”. Félix Barahona (nada más opuesto a la felicidad) tiñe la narración de melancolía, burla, flojera e incertidumbre.

Es el mismo que opina sobre su oficio: “lucía un cargo tan llamativo que sus colegas no sabían lo que quería decir, y menos aún el propio beneficiario”; pero que resulta un educado *kalos kagathos* (“expresión que a los más ignaros les sonaba a grosería”). Compara burlescamente con la inglesa a su capital. “Londres, ciudad hermana de Bogotá en flemma, *finesse* y clima”, está seguro de que es “en los álbumes de las señoras más hermosas de la capital donde se esconden las verdaderas razones que mueven la historia patria”; y hasta el diario garlar se convierte para él en el “bogotano, que como todos saben, es un idioma de reyes”. Nada tiene de extraño, entonces, que haya concluido por asombrarse: “¿qué clase de país es éste, que ni siquiera ha aprendido a burlarse de sí mismo?”

Temperamento clasificatorio y certero, el Barahona nieto fue el establecedor de una sabia nomenclatura, que no ahorraremos aquí:

Las tres fases clásicas de la borrachera, mejor conocidas por sus nombres: mirringa, mirronga y la gata candonga. En la primera, el beodo sufre un inocente aunque inusual entusiasmo, se muestra cariñoso y el mundo para él es una rosa temprana; en la segunda, se torna basto y empieza a lanzar diatribas como esputos y a insultar a sus cofrades; y en la última, metamorfoseado ya en un félido hembra como indica su nombre, exhibe una agresividad incontrolada en la que se alternan la argucia y las bromas pesadas, la zalamería y la prepotencia, aunque al final, a gatas, tienen que recogerlo con garlancha.

Lo apasionante de este personaje es la naturalidad con que vive su moral; por un lado, se siente adicto al principio de la incertidumbre que Heisenberg propusiera a mitad de la década de 1920, pero que él (“pasmado e indeciso”) generaliza hacia el carácter humano, y especialmente hacia el suyo. Quizá también por ello, vivirá y evocará con una intensidad desmesurada sus amores incestuosos.

Y aquí de nuevo se concreta la capacidad del autor para las tintas fuertes. Por lo menos cinco mujeres adquieren historia, tono y presencia de impecable factura en *Los felinos*

del Canciller. La primera esposa del abuelo (humillada y astutamente descasada); la siguiente, inglesa y no menos lúcida (ella denomina Cumbres Borrascosas a Bogotá). Una tercera figura, emblema como esposa, será la mujer de Santiago el canciller. Luego está Luisa; dominicana, *snoob*, que hubiera dado su vida por ser gringa, legítima esposa de nuestro protagonista, el nieto de los Barahona.

Desde la primera página éste nombra a Angélica, su hermana. Ha pasado toda una vida imaginándola, y nosotros cruzaremos todo el libro bajo su sombra. Sugerida, presentida, la compañera ideal de juegos, la cómplice para el aprendiz del griego y de las ironías; la adolescente hermosa y seductora, la enferma gradual que avanza hacia la muerte con crecientes poderes femeninos y sexuales; la tuberculosa que le es arrebatada a Félix, la prueba de sus culpables obsesiones, se afirma en las áreas finales de la novela con desgarradora fluidez. Es la culpa y la salvación. Nadie como Moreno-Durán, ducho en arte alemán de comienzos del siglo xx, podía subrayar esta historia con tal solemne erotismo. Dos escenas que perduran, por su mórbida perfección: el momento en que el hermano levanta la sábana y contempla el cuerpo desnudo de la muchacha, y el vómito de sangre, entre besos y fiebre. Literatura alemana, cierto, pero también un homenaje a la *María* de Isaacs y a todo el folletón de antes y a las (bobas) telenovelas de hoy.

De la escenografía (viajero penetrante, el autor recrea con texturas notables los lugares en que se mueven sus criaturas), emerge un fondo misceláneo de personajes ficticios y reales: Bonalde y Bermúdez (Ver Nudez), compinches; Mae West y Saint-John Perse. Nueva York y Bogotá, para las cuales ajusta bien esta frase de *Taberna in fábula*: “En cierto modo, toda ciudad parece el reflejo de un inquietante sueño colectivo”.

Novela casi como la realidad, he allí el sentido de la ejecución en Moreno-Durán. Esto podríamos apuntar para concluir si no ocurriera que, dentro del libro, su protagonista esconde dentro de otro libro “un extraño mensaje”, que revelará ciertos misterios de un protocolo y de una trama novelesca a cierto curioso del futuro. ¿No hay algo de ese lector futuro en nosotros, que hemos hallado el dato en forma de novela? ¿Se diferencia mucho, realmente, esta ficción, de aquel dato ficticio allí guardado?•

De *El espejo espeso*, Caracas, Equinoccio, 1997

JOSÉ BALZA es novelista, cuentista y ensayista venezolano. Posee una amplia obra, en la que destacan los libros de relatos *Ejercicios narrativos* (UNAM, 1995) y *Espejo espeso* (1997) y el de ensayos *Observaciones y aforismos* (2005).